



EL año pasado se conmemoró el centenario del nacimiento de Simone Weil, una pensadora cuyas obras, leídas hoy día, se han convertido ya en clásicas, sobre todo debido a su sugerente potencial. Quien se acerca hoy a esos escritos tan profundos, en los que se combina un cierto aire místico sin desdeñar el compromiso y la vida de acción, puede encontrarse con reflexiones siempre vivas, con ecos relumbrantes de verdad y amor por el hombre y por la vida. Es paradójico, sin embargo, que la joven filósofa, destacada profesora, llevara hasta el extremo su amor por los débiles y muriera en el momento de su mayor virtualidad especulativa, precisamente decidida a sufrir en sus carnes lo que era parte de un dolor y una miseria ajena. Pero el prójimo, parece decirnos Weil, sólo lo es en la medida en que compartimos su suerte y su sufrimiento. La muerte de Simone Weil, casi un martirio, en cualquier caso, permanece como un tributo que el pensamiento rinde a la vida.

Simone Weil. La conciencia del dolor y de la belleza reúne las aportaciones que algunos expertos en la obra de la pensadora francesa hicieron con motivo del seminario conmemorativo celebrado en Valencia, en 2008, y que fue el primero de los que, a lo largo del 2009, se sucedieron en varios lugares. Por otro lado, el aniversario ha facilitado el acceso a las obras de Weil y también ha decidido la publicación de algunos libros biográficos sumamente

interesantes, aunque las conmemoraciones hayan sido precarias si se juzgan en comparación con otros aniversarios. Digamos, pues, lo que ya se sabe: cierto *merchandising* que acompaña a las celebraciones intelectuales es siempre bienvenido por quienes están más interesados en leer las obras y abreviar en los ricos fondos de la teoría que en el disfrute de los festejos, pero éstos siempre permiten lo primero, pese a quien le pese.

Se sabe mucho de Simone Weil y algunos la han incluido en esa nómina de pensadoras que tiende más a reivindicar el género que el fondo, con independencia de los logros de los modelos filosóficos femeninos, canonizados en las figuras de Arendt, Edith Stein o Zambrano, por mencionar las de mayor renombre. Se subraya su apasionamiento por el mundo helenístico, su lectura agónica de la *Iliada*, su entrega a la causa obrera y su mirada profética sobre las debilidades del hombre. Todo ello es cierto, pero creo que es menester subrayar que el conjunto de los elementos, convertidos en tópicos, deben dejar traslucir lo que, a mi juicio, es lo más importante de su obra: en Weil, el pensamiento es acción y la acción se convierte en pensamiento. Entiéndase acción en su sentido más amplio, no en términos políticos, aunque en ocasiones se haya querido apuntar sólo sus vínculos con los desheredados de la industrialización y se haya ganado el apelativo de “virgen roja”. Ciertamente es que continuó, renovando y actualizando, la crítica marxista, pero lejos de arremolinarse en torno a las luchas partidistas —que también son, y hay que decirlo, susceptibles de cosificación ideológica—, su testimonio trasluce algo más que una mera crítica materialista. Lo que Weil denunciaba de la maquinaria fabril y tor-

Edición de Emilia Bea

SIMONE WEIL

LA CONCIENCIA DEL DOLOR
Y DE LA BELLEZA

EDITORIAL TROTTA

Simone Weil. La conciencia del dolor y de la belleza, edición de Emilia Bea, Trotta, Madrid, 2010, 251 pp. ISBN 978-84-9879-123-5.



mentosa de ese capitalismo de la segunda quincena del siglo veinte era, precisamente, su olvido del espíritu. No es de extrañar que, más de allá de quedarse en la mera fórmula de que la industria oprimía al hombre en nombre de la función que desempeñaba, su contacto con el trabajador doliente le obligara a remontar el vuelo y asomarse, con vértigo eso sí, a los lugares de la trascendencia y del misterio.

Siguiendo el magnífico esbozo biográfico e intelectual de Emilia Bea, editora del volumen, puede decirse que son dos las preocupaciones que recorren la trayectoria biográfica de Weil: Cristo y el Hombre. Ambos conforman las dos caras de una misma moneda filosófica. Sin entender la experiencia religiosa de Weil —de origen judío, del que se desliga, sufrió dos momentos de arrobamiento religioso, en Asís y en la abadía benedictina de Solesmes, aunque nunca tomó la decisión de bautizarse— es imposible comprender sus aportaciones. Porque el primer descubrimiento filosófico de su vida fue la experiencia de la anulación espiritual en la fábrica donde trabajó. Y el segundo consistió en descubrir ese sentido de lo sagrado que faltaba en su época en la imagen del Dios crucificado. En él se condensan para Weil los límites de la reflexión; Cristo es el modelo del dolor y de la desgracia, sobre la que sólo es posible guardar silencio. “Sólo los desdichados pueden realmente decir la verdad”, señala. Por ello, tanto en el Dios encarnado cuyo sufrimiento decide la redención y la vida de los trabajadores y desdichados, de los “sin voz”, se evidencia la claridad de la verdad y, por tanto, el secreto del pensamiento.

Se mueve Weil, como indica la profesora Bea, entre Jerusalén y Atenas, considerando que el cristianismo asume la herencia del mundo clásico y la envuelve en el manto más inmarcesible de la trascendencia. La búsqueda de la verdad, que aparece como la constante griega en la obra de Weil, se sintetiza con la compasión y la desgracia, la vertiente cristiana, pero también con ese universalismo que sabe que cualquiera puede entrar en el reino de la verdad, con solo desearlo y hacer un continuo esfuerzo de penetración intelectual. Para la profesora Lucchetti, la propia biografía de Weil, sobre todo el momento de su muerte, recoge su deseo irrefrenable de participar en la pasión redentora de Cristo, convirtiéndose ella misma en pieza clave para la salvación del mundo.

Pero si la desgracia abre los confines del misterio, también lo sobrenatural se deja atisbar en la idea de belleza, según Tommasi, otro de los colaboradores que escriben estas páginas. La belleza fue, en un sentido plenamente platónico, un motivo de interés intelectual para Weil; pero lo bello está situado también en el contexto de la desgracia y del dolor, se desvela cuando aparece la patria de la redención. Existe en definitiva un parentesco, de modo que también las formas de extenuación y de lucha confieren un alto grado de belleza al rostro. “Todo ser humano” explicaba la filósofa francesa, “está arraigado en este mundo por cierta poesía terrena, reflejo de la luz celestial que es su vínculo”.

Se ha prestado más atención al presunto antijudaísmo de Weil debido al sensacionalismo de su condición judía y antisemita, porque parece que la pensadora renegaba de la tradición a la que pertenecía. En su obra aparecen, aunque desordenados, multitud de invectivas contra el pueblo antiquísimo del que procedía. La pensadora veía a Israel como epítome de una cultura guerrera, idólatra, que abusaba de la distancia entre la omnipotencia divina y el individuo, sordo a las voces de Dios y remiso a su palabra. Según Adriá Chavarria, la obra de Weil trasluce “una cierta dosis de auto-odio y prejuicio muy grande contra su raza”. Es difícil sistematizar las razones aludiendo exclusivamente al conjunto de su obra; sólo partiendo de su biografía y del contexto antisemita de su tiempo puede esbozarse alguna explicación. Pero, más allá de ello, también la reflexión sobre Israel —basada, como decíamos, en la barrera inexpugnable entre Dios y hombre— acercan más si

cabe a Weil al cristianismo, en la medida en que éste posibilita el reencuentro entre divinidad y ser humano.

Otros trabajos tratan de la vinculación entre compromiso político y compromiso religioso —ambos parecen necesitarse recíprocamente, acompañarse con la fuerza de una obligación—, sobre los aspectos sociales del pensamiento weiliano, que se nos antojan hoy tan actuales, debido al contexto de la crisis económica y a los devastadores efectos personales y sociales del desempleo, sobre la posible filosofía del trabajo que acompaña a su obra y sobre su experiencia mística. En conjunto, esta obra permite conocer las claves de la filosofía de Weil y apoya el aserto con el que comenzábamos este comentario: su obra es de obligada lectura para quien desee comprender y superar la facticidad del mundo; para quien, en definitiva, esté convencido de la importancia de la reflexión y de su vinculación con la vida.

No está de más advertir de cómo en Weil su biografía se convierte en piedra de toque de la verdad filosófica. Pocos son los filósofos que han vivido con tanta coherencia como la pensadora francesa. Su compromiso con los pobres y los desfavorecidos la obligó no sólo a intentar remover los obstáculos económicos, políticos o ideológicos que desfiguraban su humanidad, sino a comprender en toda su crudeza la muerte del espíritu. Simone Weil vio que la única manera de no sufrir en el torbellino de la industria y el trabajo deshumanizador era renunciando a lo más peculiar que posee el hombre: el pensamiento. Por ello, la crítica de Weil al sistema se nos antoja más pertinente que la economicista que realizó Marx. Weil sufrió y fue desdichada desde la hora en que no abdicó de la reflexión, como demuestran estas páginas, y sostuvo la vinculación de la humanidad y el pensamiento. En la medida en que en nuestros días se ha perpetuado esa forma de inhumanidad que mercantiliza y oblitera las expresiones del espíritu, la obra de Weil es más actual que nunca.

José María Carabante

